

Suya juró de ser la bella Arminda;
Lo mismo el noble capitán promete,
Y dar la vuelta, aunque el aliento rinda,
Sin desnudar la gola y el almete.
Tendía el sol, que con el mar aliada,
Sobre las canas ondas el copete,
No siendo con sus trenzas de oro errantes
La vez primera que divide amantes.

Rogaba el Duque poderoso y ciego,
Y Arminda enamorada le resiste;
Finezas llora y acredita el ruego;
Humilde prueba, y engañado insiste.
Montes de nieve desataba el fuego,
Inútil medio que su pecho embiste;
Y como ajeno fuego Arminda encierra,
Mal con un fuego el otro se destierra.

Viendo de su esperanza el devaneo,
Su mucho amor a la venganza inclina,
Y á dar violento fin á su deseo,
Y esposo fiero á la beldad divina.
Pregona que por armas en trofeo
Dar á la bella Arminda determina,
Que como dueño propio la posea,
Si noble fuere, aunque extranjero sea.

Con esto le parece que Norberto,
De Arminda sumamente aborrecido,
Por ser en armas capitán experto,
Será, á pesar de todos, su marido.
Era alemán, agigantado y tuerto,
Feo, grosero, rústico, atrevido,
Sugeto vil, que la belleza inflama
A horror y burla de la hermosa dama.

¿Qué es esto amor, ó qué venganza es esta?
Amor desengañado y vengativo,
La muerte buscas, que tu vida cuesta,
Y solo estás para desdichas vivo.
Si humilde arrastras la prisión molesta,
¿No ves que son venganzas de cautivo?
Que hacer al dueño resistencia fuerte,
En tu castigo mismo se convierte.

En Bari se pusieron los carteles,
Y en toda la Calabria se fijaron;
Antiguos caballeros y noveles
De atrevimiento y armas se adornaron;
Las vencedoras sienes de laureles
Con vanas presunciones coronaron,
Y el soberbio alemán aguarda solo
Que cuatro casas visitase Apolo.

La hermosa desdichada, que lamenta
Su amargo fin con atrevida pluma,
Al dueño ausente su tragedia cuenta,
Haciendo de sus males breve suma.
Sobre ligeras alas de su afrenta
Pasó cortando la escarchada bruma
De la Apenina cumbre, en que desata
Abril matices, y diciembre plata.

Llegó volando la enemiga nueva,
Y la forzosa vuelta se dispuso;
Repite airado la ordinaria prueba
Del riguroso acero que compuso.
Tal ligereza vengativa lleva,
Que el mismo día en la estacada puso
Su acero, asombro de las lises santas,
Antes que el alba sus doradas plantas.

Aquí llegaba la marcial palestra,
Llorando Arminda en tan estrechos puntos
Su vida, cuando con alegre muestra,
Sin dar Reiner de su dolor barruntos,
Airoso saca la soberbia diestra,
Y alzando el brazo y la visera juntos,
Descubre entre los pernos á pedazos
Matices rojos entre crespos lazos.

Caldora le conoce, y le recibe
Aprisa, mas con grave diligencia,
Sin que el teatro público le prive
De hacerle su debida reverencia.
Suben al gran palacio, que apercebe
Con respetosa y pródiga opulencia
El cuidado servil, que estos cuidados
La majestad resigna en los criados.

En tanto pues que el aparato suena
Y la soberbia mesa se dispone,
Y la pared de sus vajillas llena,
De plata y oro la ambición compone,
Y la apacible música, que suena
Dulce al oír, templando se le oprime;
Pide á Reiner el Duque que le cuente
El mal que mira, y el dolor que siente.

Llegaba ya de la celeste cumbre
A la mitad el sol de su jornada,
Y rayos de oro entre la roja lumbre
Flechaba su madeja desatada,
Cuando con rica y pródiga costumbre,
La deliciosa mesa preparada,
Al huésped llama, descegiendo en oro
De varios elementos el tesoro.

La tierra agradecida, les envía
Temidos y piadosos animales;
El aire, cuantas aves á porfía
Vagan por él con vuelos desiguales.
El ancho mar cuanto produce y cria
En la inculta región de sus cristales,
Y el fuego les ofrece sazonados,
Fieras, rebaños, aves y pescados.

Dieron los pardos árboles enjutos
Dulces ofrendas, pálidas y rojas,
Robando el negro invierno á sus tributos
El natural abrigo de las hojas.
También la industria le ofreció los frutos,
Que en pajas guarda débiles y flojas,
Y otros que adornan, á pesar del viento,
El techo de su rústico aposento.

Copiosas Ceres de sus ricas mieses
Dió las espigas, que entre varias flores
Trocar pudieran los dorados meses
En plata á los sedientos labradores,
En cestos, que enlazando sus reveses
Esmaltes diferentes en colores,
Segunda vez se conocieron solas,
En campos de azucenas y amapolas.

Mostraba la vajilla entre relieves
Piedras que el fudo descubrió en su orilla,
Distintos lazos y celajes breves,
Del oro entretallada maravilla.
Señala en partes con rasguños breves
Dudosos léjos, que confuso brilla,
Y en otras el buril, claras y puras,
De parecidos bultos las figuras.

El vino, levantando blanca espuma,
Discurre vagamente por las copas,
Y antes que dulcemente se consuma,
Le vierten despenado por las ropas.
No aguarda que descuido se presuma
El fiel cuidado de sirvientes tropas;
Los mas sin miedo que al licor se rindan,
Alegres hablan, y atrevidos brindan.

De la vestida sala en los rincones,
Blandas y dulces voces se levantan,
Que al son de cornamutas y bajones,
A pausas callan, y á compases cantan.
Tal vez resuenan graves los violones,
Con otros instrumentos que discantan;
Otra enmudecen, y el silencio mudo
Unir las cuerdas y las voces pudo.

Solo ocupó Reiner la cabecera,
La diestra silla el noble Paradiso,
De el otro lado el Duque la primera,
Que dar al huésped la mejor convino;
Y viendo que la mesa persevera,
La noche apresurando su camino
A los opuestos rojos horizontes,
Vistió de sombras los desnudos montes.

Cansados dejan la prolija fiesta,
Y ocupan prestos los amigos lechos,
Por ver del sueño en la invasión molesta,
Los miembros fatigados, satisfechos.
En una cuadro espléndida y compuesta
De varias luces, coronada á trechos,
Al huésped muestra su conforme llama,
En blandas plumas apacible cama.

Era de blanca tela, sobrepuestos
Matices varios, que en labor conforman,
Y en vez de sombras, con destreza puestos,
Descubren lazos, y relieves forman.
Sobre tapetes pérsicos compuestos,
De tal labor, que solo desconforman,
No sin envidia de la aguja hesperia,
En ser tan diferente la materia.

Daba en el techo lúcidos espejos
De las vislumbres ricas el retorno,
Pendiendo en lazos, y en cambiantes léjos,
Racimos de oro, que descuelgan en torno.
Volvia con reciprocos reflejos
De las paredes bellas el adorno,
La misma luz que el techo les reparte,
Mintiendo el día con engaño el arte.

Reiner, que por las sierras Apeninas
Sintió el rigor de la erizada nieve,
Que en vasos de sus venas cristalinas
En agua el prado desatada bebe;
Descansa entre delicias peregrinas,
Y ocioso paga lo que al sueño debe,
Hasta que vuelva á ver la luz dorada
De Arminda la batalla comenzada.

Durmió la noche, y el mayor planeta
Vistiendo el alba de cristal y grana,
Salio pisando la región quieta,
Al paso que le adiestra la mañana,
Cuando de Alfonso la fatal trompeta,
De Ambersa la oprimida barbacaña,
Que humilde rinda la soberbia pide,
Con el severo aliento que despierte.

Aun no la vista que la luz engaña,
Del campo las colores determina,
Y Alfonso cuidadoso en la campaña
De la ciudad intenta la ruina;
Sus huestes animosas acompaña
Al sitio, donde al muro se avicina,
Y abrir intenta su valor portillo,
De todos siendo general caudillo.

Tremendo suena, y al temor influye
El rayo inexorable de la guerra,
Y el son horrendo el eco restituye,
Que oculto vive en la vecina sierra.
El humo negro por los aires huye,
Y suelto deja la medrosa tierra,
Que ya temblando en sus espaldas siente
Del viejo muro la deshecha frente.

Pedro animoso, levantando en alto
El fuerte brazo, diligente aspira
A la forzosa gloria del asalto,
Que los contrarios ánimos retira.
Enrique fuerte con ligero salto,
Al muro llega, y atrevido mira
La parte donde su violencia dura
El triste vulgo resistir procura.

No espera Juan que sus navarros fuertes
Detengan helicosos los aceros,
De empresas altas y sangrientas muertes
Ejecutores rígidos y fieros.
Neutrales muestra las confusas suertes
La dura oposición de los guerreros,
Las armas suenan, y el soberbio grito
Del aire vago discurrió el distrito.

Emprenden, paran, gritan, acometen, chocan,
Osados vuelven, resistidos dudan,
Confusa y ciegame se se entremeten,
Sin dar lugar que á su facción acudan.
Tal vez eterno lauro se prometen,
Y tal dudoso la soberbia mudan;
Crece la voz de la victoria al viento,
Y está por engendrar el vencimiento.

La fiera ejecución de las espadas
La pasta al cielo convirtió en estrellas,
Que fueron por el aire desatadas,
Envidia breve de sus luces bellas.
Sangrientos golpes, fieras estocadas,
Hinchadas voces, miserias querellas,
Escucha, y siente la confusa junta,
Que indiestra mata, que engañada apunta.

De Alfonso en las reliquias de los godos,
Aliento y fuerzas al valor infunde,
Y el fuerte ejemplo, respetado en todos,
Con fieros golpes animoso cunde.
Su invicta gente, con diversos modos,
Gallarda intenta que en su honor redunde
El mismo esfuerzo, que con sangre ajena
Vistió los muros y bañó la arena.

No pudo la francesa diligencia
Del largo asalto resistir la furia,
Y al fin con desmayada resistencia
Medrosa siente la española injuria.
Pisaba de los muros la eminencia
La noble escuadra que produjo el Turia;
Tras ella luego á la ciudad que ofende
El resto del ejército deciente.

Triste resuena el misero lamento
Del vulgo femení suelto y confuso;
Las quejas roba lastimado el viento,
Y de las nubes de dolor compuso.
Ligero corre el vencedor sediento
Del justo robo que permite el uso,
Y antes que fuego la violencia emprenda,
Alfonso á todos recogió la rienda.

Manda que cese el premio merecido,
Que la amistad enfrente la codicia,
Que den los golpes treguas al vencido,
Que temple sus aceros la justicia,
Que pare de las armas el ruido,
Que Marte enseñe á la humildad propicia
La armada frente y al modesto ruego,
La furia dome la piedad al fuego.

Su común alegría le apercebe
El triunfo, con las glorias que pregona;
El miedo por las armas le recibe,
Y amor por la clemencia le corona.
Alfonso en todos generoso vive,
Y el carro apresta por salir Latona,
Mostrando al cielo en su cabello cano
La luz prestada que le dió su hermano.

CANTO VII.

ARGUMENTO.

Ansberto á su contrario desafiado,
Con él pelea Laura por engaño,
Muere en el campo, y del error que hacia,
Conoce el catalán el desengaño.
Furioso parte, y al morir el día,
Gerardo llega á lamentar el daño,
El monte sigue por camino incierto:
Gallardo Florisbel vence á Norberto.

En medio de su curso diligente,
Tendiendo líneas de oro, dividía
Con abrasado rostro el sol ardiente
En dos iguales términos el día;
Cuando en la verde orilla de una fuente
El pensativo Ansberto revolvía
Memorias tristes de su bien perdido,
Si así se llama lo que nunca ha sido.

No le perturba, no, que en la campaña
Probar espera de Gerardo el brío,
Segun el fuero bárbaro de España,
Habiéndole llamado á desafío.
El agua mira, que ligera baña
Guijas y arenas por llegar al río,
Y al curso natural su engaño avisa,
Que así á Gerardo camino Fenisa.

¿Si amor es voluntad, quién la conquista?
Si fuerza natural, quién la detiene?
Si estrella, quién habrá que la resista?
Si engañoso dolor, quién le previene?
El que es amado, venturoso insista;
Rendirse al no querido le conviene,
Pues no hay porfía que obligando tuerza
Dolor, estrella, voluntad y fuerza.

El sin ventura Ansberto no repara
En que altos montes allanar pretende;
Turbar á Febo su luciente cara,
Y al cielo el curso detener emprende.
Si alguna vez consigo se declara,
El mismo mal de la verdad se ofende,
Porque es del alma que adora su daño
Enemigo forzoso el desengaño.

Con estos pensamientos ocupaba
El plazo en que apercebe su combate;
Airado alguna vez se levantaba,
Temiendo que su gloria se dilate.
Otras al heno blando se arrojaba
Por no esperar á que el furor le mate;
Las armas prueba, sus lineas llora,
Su amante aguarda, y á Fenisa adora.

Alzó la vista, y el vecino monte
Le ofrece de improviso un caballero,
Dorada emulacion del horizonte,
Con armas de oro que avivó el acero.
Cubierto el andaluz Belorofonte
Del solo manto que adornó primero
La parte izquierda, y della suspendido,
Ni estaba desatado ni prendido.

Templaba tanta luz la sombra vana
De un monte de mátiçes y plumajes,
Vistiendo como suelen de mañana
Al sol recién nacido los celajes.
Pensaba Flora, con mirarla ufana,
Volver al campo sus perdidos trajes,
Y que noviembre armado de colores,
Engaste en plata las doradas flores.

Las armas eran de grabados lazos,
En limpio espejo de luciente pasta,
Sembrada de trofeos á pedazos,
Que en varias listas el acero engasta.
Armó tambien las cujas y los brazos,
Gozando libre su ejercicio el asta,
Porque el furor seguro le ministre
El duro fresno de la cuja al ristre.

Era alazan el español valiente,
De cuello corto y pecho dilatado,
De vivos ojos y espaciosa frente,
Igual por los ijares y el costado;
Caderas anchas, la canal pendiente,
En rostro y manos por igual tocado,
La piel con manchas pardas y redondas,
La cola riza, y el copete en ondas.

Gallardo y presto descendió á lo llano,
Y el sol gozó mas libres sus espejos;
Volviendo á sus cristales el verano,
Turbó el resplandor de los reflejos.
Desata con presteza el rabicano,
Ligero Ansberto, aunque la ve de lejos,
Y conocer no pudo á la guerrera,
Porque calada trujo la visera.

Creyendo que Gerardo se avecina,
El duro trance del combate apresta;
A morir ó vencer se determina,
Con rostro igual á la fortuna opuesta.
Fundado engaño fué lo que imagina,
Porque era Laura varonil dispuesta,
Y en armas tal, que fué de su hermosura
Ociosa espada la belleza pura.

Con voz severa y resonante grito
A Laura dice el Catalan robusto:
«Aquí tendrá soberbio tu delito
Con este acero su castigo justo.»
«El que mereces, barbaro, remito,
Responde Laura, y vengador injusto,
A mi luciente espada, que tenida
Podrá en tu sangre dividir tu vida.»

Esto diciendo, con el hierro toca
Al que en volar con ligereza insiste,
El fresno sobre el ristre se coloca,
Y al fiero Ansberto sin tardar embiste.
Hallóse como el mar la opuesta roca,
Que sus hinchadas máquinas resiste;
Estuvo quedo, aunque el encuentro pudo
Romper la resistencia del escudo.

Cual suele el toro entre cenizas pardo,
Que bebe los cristales de Jarama,
Sintiendo el golpe del harpon gallardo,
Arena y sangre por igual derrama,
Y al rústico ofensor, medroso y tardo,
En los agudos cuernos encarama;
Así del golpe á la guerrera noble
Ansberto vuelve recompensa doble.

Con mas que humanas fuerzas acomete
Por el siniestro lado á su contrario,
Partiendo con el golpe del almete
La dura cresta y el plumaje vario.
Pasa y revuelve el bárbaro ginete
Como diestre bridon, que de ordinario
Lleva, sintiendo el hierro en las ijares,
Las manos sueltas y los pies á pares.

Por el opuesto lado se adelanta,
Y el duro golpe segundar pretende,
Y cuando el brazo indómito levanta,
El acerado escudo la defiende.
Libró la vida de inclemencia tanta
La furia misma que la vida ofende,
Porque era cerca, y estorbó la herida
La débil fuerza y la contraria unida.

Dejó el primero golpe á la guerrera
Privada un breve tiempo del sentido,
Y entre los rizos de oro y la visera
El carmin de la sangre entretendido.
Volvió á su ser, y con violencia fiera
Le tira al Catalan embravecido
Tal revés, que al acero que le impide
En mayores pedazos le divide.

Llególe al hombro y al siniestro cuello,
Que en ira y fuego aquel volcan sustenta,
Y por las crespas ondas del cabello,
Ardiente sangre con furor revienta.
El fértil campo del cerrado Vello
Surcó en la espalda, que dejó sangrienta,
Bajando della con violenta furia
Del ciego polvo á mitigar la injuria.

Cuando sintió la penetrante herida
El hijo de Aglansol, y en la estacada
Miró su sangre, sin piedad vertida,
Ciego, á dos manos levantó la espada.
Pensó que, vengadora y homicida,
Cortara en la belleza malograda
La hermosa flor á que ayudar pudiera
La envidia de la verde primavera.

Quedó para otro golpe reservado,
Y al fin de breves años florecientes,
Y el brazo vengativo acelerado,
Sacó centellas del almete ardientes.
Quedó el sentido atómito y turbado,
Y á oscuras vió planetas mas lucientes
Que esconde el sol, y en ambas riendas sueltas,
Dio sin querer á la estacada vueltas.

Pensó el robusto Ansberto que tenia
Seguro el fin de la batalla incierta;
Y así, con negligente valentía
Ni herir pretende ni á matar acierta.
Y en Laura apenas el sentido abría
A la primera luz confusa puerta,
Cuando sintiendo á su enemigo ufano,
Firmó la vista y apretó la mano.

A un tiempo aplica el ímpetu y espuelas
Al limpio acero y cordobés gallardo,
Diciéndole: «Soberbio, ¿qué recelas,
Y estás agora perezoso y tardo?»
No te valdrán tus mañas y cautelas,
Opuestas á los brazos de Gerardo;
Y el filo, sin oír lo que responde,
En el siniestro lado se le esconde.

Sintiendo el Catalan que penetraba
Por nueva senda la enemiga punta,
El rabican ligero fatigaba,
Torpe en huir el daño que barrunta;
Y apenas no seguro se libraba
Del fiero golpe que al vivir apunta,
Cuando dice con gritos vengativos,
Afirmados los pies en los estribos:

«Presto verás de mis robustos brazos
Tu justa paga, morador del Turia,
Y de Fenisa hermosa los abrazos
Hallarán el castigo de su injuria.»
No dijo mas, y quebrantó en pedazos
Las dobladas acciones de la furia,
Y en vez de conseguir tan ciertos fines,
Besó burlado las revueltas crines.

No se detuvo, no, que con presteza
La espada vuelve levantada en alto.
Procura, hermosa Laura, á su fiera
Huir el cuerpo con ligero salto;
Mas no es posible, no, que la certeza
Del fiel decreto, con violento asalto,
Por la parte del tiempo mas florida,
Escalas pone al muro de tu vida.

Al yelmo llega con fatal destrozo,
Habiendo roto con violencia presta
Del gran plumaje el acerado trozo
Que en guarda tuvo la dorada cresta.
Desata de los pernos el rebozo,
Y al último suspiro que se apresta
Le da lugar, y con la sangre junto
El cuerpo sigue pálido difunto.

Tendido yace helado en la espesura,
Marchitas con las sombras sus colores,
Que ya vengados lloran su hermosura
Del sol los rayos, y de abril las flores:
Y al vencedor soberbio, que procura
Gozar el dulce fin de sus amores,
Muerto el rival, así le dice cuando
Llega á mirarla, de furor bramando:

«¡Oh vencedor! erraste el vencimiento,
Mas no es hazana de menor estima,
Que si es venganza este dolor que siento,
Mas á mi dueño que su mal lastima.
Si ver mi vida en el postrero aliento
Tu aliva presuncion dobla y anima,
Razon te sobra, pues venciste agora
La que fué de Gerardo vencedora.»

«Rendiste una mujer en la campaña,
Despojo fiel de tu enemigo fuerte,
Y puedes con el lauro desta hazana
Honrar tus sienes y alabar tu suerte.
Mas si á Gerardo sigue desde España
Fenisa enamorada hasta la muerte,
¿No ves que es hombre, y que muriendo Laura,
El muerto amor de entrambos se restaura?»

«Quitar pensaste la ocasion forzosa
Del ciego amor de tu adorada ausente,
Y con errada mano licenciosa
Quitaste tu remedio solamente.
De heridas muero, sin morir celosa;
Tú morirás del mal que el alma siente,
Que es desigual castigo de los cielos
Matar con filos ó morir con celos.»

«Rendida estoy; que lo confiese basta
Para mover un pecho noble y sabio
A no decir jamás que me mataste
Al dueño de mi justo desagravio.
Si sabe que la vida me quitaste,
Querrá á Fenisa por vengar su agravio,
Y lo que amor no puede, siempre alcanza
La tema que comienza por venganza.»

«A ti tambien; ¡oh vencedor! te importa
Si con callar excusas dos batallas,
Y si tu espada en la palestra corra,
A la de amor no se resisten mallas.
Si tu arrogancia vana se reporta,
Y altivo vencedor vengado callas,
Podrás triunfar del daño con que luchó,
Que el que sabe callar alcanza mucho.»

«Yo parto de la vida satisfecha
De haber desengañado mis aceros,
Que contra el cielo airado no aprovecha
Armar el brazo de ejercicios fieros.
No al triste fin la sepultura estrecha
Te piden mis acentos postrimeros,
Que siempre ha sido en la miseria humana
Ofrenda propia de piedad cristiana;

«Ni parios jaspes que en columnas dobles
La gloria de Semiramis dividan;
Bastan cipreses, álamos y robles,
Que á mudos ecos de dolor convidan:
Letreros sí, que á pasajeros nobles
Piedad atenta con silencio pidan,
Diciendo: «Caminaute, ¿qué dilatas
Llorar á Laura, si de amores tratas!»

Esto dijo, y calló suspensa y muda,
Dejando tal con el postrer suspiro
Al fuerte Ansberto, que la muerte duda
A cuál arroje su infalible tiro.
Al fin la punta inexorable aguda,
Entre el carmin que enriqueciera á Tiro,
Aquel gentil espíritu divide
Del cuerpo helado que las yerbas mide.

De altivas ramas y erizados troncos,
Rompiendo á veces el silencio mudo,
Con bajas voces y suspiros roncós,
Sepulcro breve fabricarle pudo;
Y á veces de los céspedes mas broncos
Sacó el acero rígido desnudo
Centellas, que los cuerpos abrasaran,
Si romanas exequias celebraran.

Apenas acabó, cuando revuelve
Y en ambas riendas del caballo toca,
Que atrás medroso de su furia vuelve,
Y el freno arroja la sangrienta boca;
Su fuga el libre rabican resuelve,
Y por el cespicio monte se desboca,
Y cuando el triste dueño le llamaba,
A huir empieza, y en correr acaba.

Tres veces, cuatro, y seis corrido mira
El hecho de sus brazos inhumano;
Ya con dolor sin límite suspira,
Rendido al peso del rigor tirano;
Ya se embravece desatado en ira,
Ya reclinado en la derecha mano
El triste rostro, su dolor y mengua
Publica sin ayuda de la lengua.

En todos balla peregrina guerra,
En todos busca el misero sosiego;
Si abraza el fiel regazo de la tierra,
En vez de flores le produce fuego:
Si al viento entrega el que su pecho encierra,
Huye ligero del cansado ruego,
Faltando entre el silencio y el espanto
Voz á las quejas, lágrimas al llanto.

Dudoso mira el trágico suceso,
Y piensa que le engañan los sentidos;
Revuelve de sus males el progreso
Sus años malogrados y perdidos:
Del triste caso el inculpable exceso,
Los golpes de la espada inadvertidos,
Todo le ofrece su dolor presente,
Que nada olvida quien sus males siente.

De Laura admira el valeroso engaño,
Que dió la vida por librar su amante;
Lamenta su costoso desengaño
Y ver que muere una mujer constante.
Prisiones graves del funesto daño
No dejan que del campo se levante,
Y á la injuria del tiempo descubierta,
Imita triste lo que hiciera muerto.

Por mas que le fatiga su tristeza,
Satisfacerse quiere de que vive,
Y al fin con desusada ligereza
A cumplir lo dispuesto se apercebe.
De un sañco plateado en la corteza
Con letras de sus lágrimas escribe,
Y no con hierro, el epitafio breve
Que al tiempo fia que el amor reanueve.

El sol negaba su postrera lumbre
Del alto monte á la corona verde,
Y la callada noche por su cumbre
Al valle baja, que las sombras pierde;
Y Ansberto, con tan justa pesadumbre,
Las manos tuerce y el acero muere,
Y armado, herido, triste, á pié, desea
Llegar si puede á la vecina aldea.

¿Qué hiciste, desdichado caballero,
 Consigo triste lamentaba á solas;
 Para esta vil bazaña, del mar fiero
 Surcaste osado las soberbias olas?
 Maldiga el cielo el paso postrimero
 Que diste de las playas españolas!
 No la nao que vistió con tristes señas
 De leños y hombres las desnudas peñas.

¿Allí pluguiera al cielo que acabara
 Yo solo, y los demas, con que Fenisa
 Del pérfido naufragio se escapara,
 Aunque este llanto le convierta en risa!
 Así se queja Ansherto, y no repara
 Que la dudosa lumbre que divisa
 Tan lejos se descubre, que el aurora
 Podrá salir, aunque descansa ahora.

Cansado y flaco, por la sangre mucha
 Que el campo matizó de la estacada,
 Aprieta corre en la penosa lucha,
 Y despacio camina la jornada.
 Solo en el monte el Catalan escucha
 El agua, que bajando desatada,
 Era en las peñas, con romperse quedo,
 Del sol espejo, de la noche miedo.

Siente bramar el tímido ganado
 Alguna vez en los confusos senos,
 Y alentar de los perros el cuidado
 Atentos silbos de sospechas llenos;
 Y á la vista de Ansherto fatigado,
 Furiosos ladran de temor ajenos,
 Y su dolor de mas vecina arguye,
 La breve lumbre, que á sus pasos huye.

Cansado, triste y pensativo llega
 De la morada estrecha á los umbrales,
 Y al huésped luego conocido entrega
 El peto, las manoplas y brazales.
 El rustico villano le sosiega;
 Digo que en pluma y blandos cabezales
 Acuesta el cuerpo, y el furor amansa,
 Que el alma solo con llorar descansa.

No quiere que la cena le aperceba,
 Y estarse solo por llorar pretende;
 Curarse deja, si, para que viva
 Con él su pena, que la vida ofende.
 Su triste suerte con su engaño priva,
 Y nuevos modos de matarle emprende,
 Y á veces con enojo satisfecho,
 Contento mira su pajizo techo.

Bajaba por los montes la mañana,
 Que el sol envia á sosegar las aves,
 Por ver si templa su perfil de grana
 Los dulces gritos y lamentos graves.
 Saliendo al fin su diligencia vana,
 Crecen las voces tiernas y suaves,
 Y apresurando al sol, que se apareja,
 Sin tiempo desenlaza la madeja.

Gerardo, que sus pasos acompaña,
 Calaba triste de la selva al valle,
 Sin que en el monte, que su pena engaña,
 Un débil rastro de pisadas halle.
 A Laura busca, por Fenisa baña
 El rostro en llanto, y que forzado calle
 Le obligan juntos sus cobardes penas,
 Y el nuevo fuego que abrasó las venas.

Como sucede al mar, que levantado
 Del Norte su inconstante movimiento,
 De súbito, impelido del nublado,
 Brama en sus aguas el opuesto viento,
 Y con las vagas ondas que el pasado
 Dejó erizadas con furioso aliento,
 Se encuentran fieras las que el Sur frecuenta
 Y juntas acrecientan la tormenta;

Así en el pecho de Gerardo, en tanto
 Del muerto amor los impetus que llegan
 Luchando con la fuerza del encanto,
 La rota nave de su vida anegan.
 Sus dulces penas en piadoso llanto
 El tierno rostro desatadas riegan,
 Siendo en amor su estrecho cautiverio
 Costumbre en Laura, y en Fenisa imperio.

Supo tambien en la pasada fiesta
 Del buen Liseno la famosa historia,
 Y el mal prolijo que á Fenisa cuesta
 Tenerle vivamente en la memoria;
 Supo tambien que á proseguir dispuesta
 Viene la antigua empresa de su gloria,
 Que estima su desden en mayor precio
 Que de Ansherto el amor burlado y necio.

Juntóse del encanto á la violencia
 Lo que contaba el viejo venerable,
 Y así, su desmayada resistencia
 La mira ya como á sugeto amable;
 Piensa en la antigua y fiel correspondencia,
 Y de Fenisa el hecho tan notable
 Al fin se acuerda, y á pagar se mueve
 Cuando se acuerda el que es deudor que deba.

Dudoso entre los brazos del combate
 Dejaba el monte y ocupaba el llano,
 Y antes que el paso el bárbaro dilate,
 Tiró la rienda con violenta mano.
 Los duros miembros comprimidos bale;
 Prendió el aliento diligente en vano,
 Que en él acorta, aunque animarse quiso,
 La suspension helada de improvisó.

Con mas aliento los ijares toca
 Del bayo, que divide la espesura,
 Y argenta fatigado por la boca
 De espuma el pecho, el freno y la verdura;
 Y al dueño mudo la inconstancia loca
 Del vago pensamiento le figura
 Agüeros tristes y presagios ciertos
 Con vivas quejas y remedios muertos.

Cuanto mas se acercaba á la palestra,
 Sintió en los miembros desatarse un hielo,
 Que en su tristeza y confusion le muestra
 Oculta causa reservada al cielo.
 Al fin el noble pecho que le adiestra,
 Venciendo los estorbos del recelo,
 El corto paso indiferente inclina,
 Y al rustico sepulcro le encamina.

Llegó, y mirando los compuestos leños
 Que la hermosura muerta guarnecian,
 Ya grandes, ya menores, ya pequeños,
 Con que el remate estrecho componian,
 Alzó los ojos, los antiguos dueños
 De aquellos que eclipsados escondian
 A la confusa noche de su pena
 La hermosa lumbre de tristezas llena.

Leyó, mas no creyó lo que el escrito
 Con mal formada letra publicaba;
 Mas el dolor, sin término, infinito,
 El vengador acero le entregaba:
 Cortó el padron, infamia del delito,
 Que en torpe mengua del guerrero estaba,
 Y luego conoció por el escudo
 Que solo Ansherto levantarle pudo.

Al mal formado tumulto arremete,
 Por ver las ricas prendas que sepulta,
 Y algun alivio á su dolor promete
 El mismo daño que de abrir resulta.
 Cortó la ciega empresa que acomete
 Helado pasmo de inquietud oculta,
 Paró, y volvióse atónito y perplejo,
 La confusion sirviendo de consejo.

Cansado y torpe en el caballo salta,
 Que por montañas ásperas fatiga,
 La tierra le parece que le falta
 Y del hermoso sol la lumbre amiga;
 Y así la muerte al triste sobresalta,
 Que alguna vez á reparar le obliga
 Que amor y pena con fingido efelo,
 Mintiendo resucitan el objeto.

Tres veces por su falda al Apenino
 El sol vislumbres al nacer derrama,
 Y tres, porque reparta su camino,
 Le dió Tirreno su inconstante cama.
 Y el triste con furioso desatino
 Por Laura grita y á Fenisa llama;
 De penas harto y de sustento falto,
 Dejó el caballo con ligero salto.

Al pié de una entonada fuenteçilla,
 Que sobre guijas músicas pasea,
 Y dellas luego despenada brilla,
 Con que al sol y al silencio lisonjea;
 Tendió los miembros lasos en la orilla
 Que alegre y verde conservar desea
 Entre jazmines cándidos y rosas
 De mayo las pisadas venturosas.

Murmura confiada en el seguro
 De unos laureles verdes y sombríos,
 Que juntos sirven de apacible muro
 Al blando son de los cristales fríos;
 Libres de hielo perezoso y duro,
 Que en grillos prende los soberbios ríos,
 Desatan, cuando el sol entra á cogerlas,
 Plata en las aguas, y en la yerba perlas.

Aquí Gerardo suspirando arroja
 Con roncadas voces y lamento triste
 El mal hallado arnés con su congoja,
 Que el noble pecho favorece y viste.
 Del resto de las armas se despoja,
 Que nada el golpe del furor resiste,
 Y de su ligazon los fuertes lazos
 Despide repartidos en pedazos.

Si en los laureles débiles repara,
 Contempla en ellos su verdura eterna;
 Si al agua vuelve, como nunca para,
 Su eterno curso para el mar gobierna.
 En ellos mira su desdicha clara,
 Pues derribada ve su planta tierna
 En medio de su abril, y en su corriente
 Lloró sin agua su adorada fuente.

Apenas divertido y fatigado
 De Laura las memorias revolvia,
 Cuando el reciente amor, digo el pasado,
 Que enciende agora la ceniza fria,
 Del pecho á los sentidos arrojado,
 El fuego exhala que el dolor envia,
 Porque hay, ardiendo sus congojas locas,
 Bastante fuego para muchas bocas.

Con quejas y suspiros enternece
 La muda selva, que le escucha atenta,
 Y en varios ecos dividido crece
 El triste caso, que callando cuenta.
 El monte, el valle con silencio ofrece
 Inútiles remedios á su afrenta,
 Aunque es alivio en la penosa lucha
 La sencillez piadosa del que escucha.

Algunas veces divertido mira
 El agua pura, que risueña corre,
 Otras el cielo, y por vivir suspira,
 Que así la vida con temor socorre.
 Consigo á sus tristezas se retira
 Medroso que el amor violento borre
 La muerta Laura, que el salir dilata,
 Aunque esta nueva fuerza la arrebató.

Miraba las pasadas ocasiones
 Y aquel villano fin de sus contentos,
 Su honor con encontradas opiniones,
 Y claros sus culpables fingimientos.
 Jamás formó palabras ni razones
 En tanta variedad de sentimientos,
 Ni orlas pudo, aunque curioso anduvo,
 El mismo tronco á que arrimado estuvo.

Después de suspirar y lamentarse,
 Cortó un baston nudoso de un aliso,
 Y para descansando reclinarse,
 Del viejo tronco dividirlo quiso.
 Con él camina, sin querer pararse,
 Y luego se le ofrece de improvisó
 Una cabaña, que descubre lejos,
 Morada de unos pobres zagalejos.

Mudado el rostro y erizado el pelo,
 El paso alienta, porque ya la tarde
 Mandaba, amepazando con el hielo,
 Dejar las selvas al pastor cobarde.
 Llegó cuando á las margenes del sueño
 Mostraba Apolo, sin que el mar le aguarde,
 Pisando de los montes las alfombras,
 Menores rayos y mayores sombras.

Apenas los pastores le descubren
 En la vecina falda del ribazo,
 Cuando en el monte rústico se encubren,
 Temiendo humildes su arrogante brazo.
 El heno seco presurosos cubren,
 Sin ser de sus pisadas embarazo
 Saltar las matas sin discurso y pausa,
 Dejar su techo por huir sin causa.

Después que del temor la estrecha fuerza
 Aquel rigor en pareceres muda,
 Y el nuevo aliento reprimido esfuerza,
 Si no osadía, por lo menos duda,
 Volvieron todos, sin que el miedo fuerza
 El rostro á la vergüenza, que le ayuda,
 Y á volver el guerrero los obliga
 Con blandas señas de piedad amiga.

Llegaron juntos, y corridos miran
 La facil ocasion de sus temores,
 Y al mal techado albergue se retiran,
 A compasion movidos los pastores.
 Al paso de sus lágrimas suspiran,
 Que en todos prenden, si es el mal de amores;
 Sus pieles ordinarias le reciben,
 En que otros muchos descansados viven.

Cenó, porque la vida le propuso
 El triste caso, que miraba cerca;
 Y así, á mirar por ella se dispuso
 La ciega obstinacion rebelde y terca.
 De mil inciertas fabricas compuso
 Del sueño las quimeras, con que alterca;
 Y aquí al tormento su cansancio rinda,
 En tanto que á cantar vuelvo de Arminda.

El aplazado campo dilatose,
 Y en el siguiente dia se previno,
 Por dar lugar á que el Francés reposo
 De la molestia larga del camino.
 Tambien por todos juntos esperose
 A que el valiente y noble Paradiso,
 Sin que á la vida el desangrarse ofenda,
 Pudiese ser juez de la contienda.

Porque descende el alba hermosa y roja,
 Avisan con su luz serena y pura
 Que los extremos sin tardar recoja
 Los mudos montes á la sombra obscura;
 Cuando del sol que su cabello arroja
 En mar y sierras igualar procura
 La vista alegre, aunque con paso tardo,
 Midiendo el campo Florisbel gallardo.

Con armas negras y con plumas blancas
 Y una aguililla sobre ellas por divisa,
 Gireles pardos por el pecho y ancas
 Del rufo friso, que sus borlas pisa,
 Fiaba al aire entre lazadas francas
 Una pendiente toca, blanca y lisa
 De Arminda prenda, que enlazada y suelta,
 Tendida en ala se recoge en vuelta.

Tras él Norberto diligente sale
 Con blancas armas y plumajes rojos,
 Sin que otro cuerpo su arrogancia iguale
 En el primer engaño de los ojos.
 Si el fiero aspecto en la contienda vale,
 Bien puede asegurarse los despojos,
 Vertiendo del caballo, igual al Griego,
 La boca espuma, las narices fuego.

Del real palenque descubrió el tesoro
 El sol, que entre vislumbres tan diversas
 Vistió Milan con escarchados de oro,
 Venecia el suelo con alfombras persas.
 Reiner y el Duque, con igual decoro,
 Ceñidos de armas lucidas y tersas,
 Bajaban gravemente á la estacada,
 De los rivales fuertes ocupada.

La bella Arminda se mostraba entre ellos,
 Que al mismo cielo su belleza admira,
 Y uetener pudieran sus cabellos
 Al sol cobarde, que al nacer los mira.
 Sus rubias hebras ó sus rayos bellos
 En crespos lazos la prision refira
 De trenza igual, aunque prendidas antes
 Con grillos de zafiros y diamantes.

De muchos, que arrogantes presumieron
Cansar las armas, alcanzar reposo,
Confusos y encogidos no vinieron
El día señalado y peligroso.
La pretension de todos resumieron
Y el fin de aquel suceso venturoso
En estos dos guerreros, que el combate
Revela cada cual que se dilate.

Dió la postrera seña la trompeta,
Que manda dar la vida con el viento,
Y la ignorancia humana lo interpreta
A honor, reputacion y atrevimiento.
Previenen, porque á tiempo se acometa,
Los pies ferrados al villano aliento,
Que apenas suena, y firmes en las sillas,
Al viento dan los frenos en astillas.

Por el siniestro lado le atraviesa
Floribel á Norberto, que bramando
Sobre él revuelve con ligera priesa,
Con el desnudo estoque amenazando.
Aquel soberbio brazo que profesa
Partir los montes, descendió cortando
Del yelmo parte y el escudo todo,
Y á no tenerle, dividiera al Godo.

El duro golpe que se mueva impide,
Mas luego presuroso le acomete,
Y la dorada cresta le divide
Entre el plumaje rojo del almete.
Impedido del golpe, ardiente mide
Lo que hay de las caderas al copete,
Y luego que en la silla se endereza,
Dividirle pretende la cabeza.

Alzó la espada con entrambas manos,
Por ver cómo se acaba la batalla,
Juzgando que á sus golpes inhumanos
Ni acero hasta ni cerrada malla.
Suspendense los tiernos cortesanos;
Armanda triste lamentando calla,
Y en todos por aplauso ó por estrellada
Movió á dolor la misera doncella.

Creyeron que el encuentro se acabara,
No hallando el golpe amparo ni defensa,
Mas si es del cielo el mismo le repara,
Cuando mepos el hombre errando piensa;
Y así se vio con experiencia clara,
Pues sin mirar el daño de la ofensa,
Picando con la espuela inadvertida,
Hurtó la vuelta y escapó la herida.

Bajó la espada con violencia tanta,
Que el mismo peso reclinó á Norberto,
Y al paso que el caballo se levanta,
Dejó al soberbio dueño descubierto,
Y al fuerte Floribel que se adelanta,
Con mas destreza y con igual acierto,
Guió la punta, y desterró la vida,
Y para mas de un alma abrió salida.

La grave emulacion cayó de Atlante,
Y el vasto cuerpo sepultó la arena,
Y la atrevida máquina arrogante
Rindió los muros al dolor y pena.
Tendido yace el bárbaro gigante,
Cumplido en todo lo que el cielo ordena,
Y si en pie de estatura fué crecido,
Mayor que siempre pareció tendido.

Como sucede al pino, que en la sierra
A competir con las estrellas crece,
Y despues que midió la inculca tierra,
Mayor que inhiesto al leñador parece,
Así del fácil vulgo, que se atierra,
Muerto á la vista popular se ofrece,
Que el eco sonoliento con porfias
Despierta en las vecinas serranías.

Lamentan mos el dolor presente,
Otros gritando aplauden la vitoria;
El Duque del concierto se arrepiante,
Y Arminda rie su debida gloria;
Y en medio del tumulto de la gente,
Que impide el fiel suceso de la historia,
A todo el noble vencedor opuesto,
Pide que el Duque cumpla lo dispuesto.

Con mas dolor que aliento no se atreve
Al caso vil, por mas que amor se oponente;
Y así, á cumplir lo que á sus brazos debe,
Resuelto y animado se dispone;
Y para que á su patria amada lleve
La prenda cara que en sus manos pone,
A pesar de la envidia se casaron,
Y sus alegres dichas celebraron.

CANTO VIII.

ARGUMENTO.

Alfonso el sitio de Puzol conquista;
Hace el Francés de su poder alarde,
No quiere que en el campo se resista,
Y el muro ordena que su gente guarde.
Filipo ruega á Alfonso que desista
De aquella empresa la primera tarde
Que honradas vió las armas españolas,
Morir á Pedro y naves en sus olas.

Doraban de Puzol los altos muros
Del sol los rayos, que al poner los baña,
Y de armas coronados, mal seguros,
Temer pudieron la invasion de España;
Primerero que entre círculos oscuros
Sombras despenen el monte en la campaña,
Con varias tiendas ocupadas tiene
La gente que termina en el Pirene.

En el vistoso campo dividida,
Al sol aguarda, que corrió sus velos,
Y entre arbores de oro á la partida
Serenó dia prometió á los cielos.
Dormía con su ausencia divertida
La noche al son de humildes arroyuelos,
Que ahora rien, y con nueva guerra
Llaman despues al sol que la destierra.

En medio de las sombras ocupada,
De Alfonso estaba la orgullosa gente,
Que hallarse procuraba reparada
Al duro trance de la luz siguiente;
Y apenas á los montes coronada
Salió de rayos por el mar de Oriente,
Cuando para volver á nuevo empeño,
El ocio breve despidió del sueño.

Juntar mandó sus nobles consejeros
En el palacio antiguo que ocupaba,
Reliquia de los Cesares primeros,
Que el tiempo en sus memorias veneraba.
En dos gigantes de alabastro fieros
De jaspes la portada se afirmaba,
Que en arcos y figuras dividían
Las que del suelo á su nivel subían.

En dos iguales trechos de columnas
Un óvalo perfecto se descubre,
Teatro al parecer, aunque en algunas
Señas que faltan la verdad se encubre.
Vestida de labores importunas,
Que el largo tiempo los perfiles cubre,
Le ciñe una pared, por cuyas piedras
Los años dejan caminar las hiedras.

Seguro de inclemencias y ruinas
A un lado se mostraba un aposento,
Con piedras, en labor tan peregrinas,
Que en ellas puso la invencion su asiento.
Otras tambien sin pulimento finas,
Del techo matizando hasta el cimiento,
Mostraban, reluciendo en cada parte,
Lo que obra el cielo, lo que ayuda el arte.

Aquí sentado con real decoro,
En una rica relevante silla,
De alarbe plata, sobrepuesta de oro
De alemanes buriles maravilla;
Antigua prenda del mayor tesoro,
Que á los famosos reyes de Castilla
Dejó con su vitoria milagrosa
Alfonso, de las Navas de Tolosa;

Despues, cuando al infante por sentencia
Del cielo le entregaron la corona
De Aragon, en la osada competencia,
Que Dios excluye y su eleccion aboua,
En feudo de la noble resistencia,
Que su invencible fe clama y pregona,
Le dió esta silla el hijo de su hermano,
Que él no aceptó del pueblo castellano.

En otra silla igual, no en la riqueza,
Asiento al Rey Navarro le pusieron;
Enrique y Pedro con menor grandeza
Del fiel consejo los primeros fueron.
Sentada pues la bélica nobleza,
Calló la sala, y sus paredes dieron
Señales, que entre si confusas luchan,
Si hablaron siempre, de que agora escuchan.

«Este es Puzol, y aquestos los padrones,
Que el tiempo puso, y donde el cielo quiere
Que ponga, dijo Alfonso, mis pendones,
Y verme presto en Nápoles espere.
Allanen mis robustos escuadrones
Los viejos muros, donde Apolo hiere,
Ruínas sacras, trágicas memorias,
De Roma un tiempo venerables glorias.

«Aquí vivió en delicias sepultado
El vil Neron, dos veces matricida,
Una llorando el misero Senado,
Su antigua madre en fuego consumida,
Otra inclemente y bárbaro olvidado
Del natural precepto de la vida,
Quitando, porque un nuevo ser le cuadre,
La misma vida que le dió á su madre.

«Aquí tambien con singular imperio
Vivió reinando, respetado, injusto,
Con maña y armas el sagaz Tiberio,
Astuto sucesor del noble Augusto.
Y en Baya, para nuevo ministerio,
Las ondas, obedientes á su gusto,
Sufrieron puente, atando en sus aldabas
Preñadas naves como fieras bravas.

«No es este, no, para el dolor presente
El justo honor que el tiempo les previno,
El ser morada, si, del elocuente
Romano padre y orador latino,
Aquel que sin respeto osadamente,
Con dulce voz, con impetu divino,
Orando contra el fiero Marco Antonio,
De serlo dió el postrero testimonio.

«Las aguas, que desatan estas cumbres,
Archivos de secretos naturales,
Son por el fuego oculto de sus lumbres,
Remedios blandos de lascivos males;
Y al pié de aquestas altas pesadumbres,
Depósitos de arduos minerales,
La playa hospeda en misera ruina
Cenizas y memorias de Agripina.

«Allí del campo Elisis se divisa
El verde manto, que cubrió de flores
Abril eterno, que sus faldas pisa
En ocio de sus rústicos cultores.
En él del alba la primera risa,
Que lloran mal dormidos los pastores,
Es del alegre sitio el ornamento,
Y á quien primero lisonjea el viento.

«Aquel vecino monte, que el octubre
Airado roba la postrera fruta,
En sus espacios cóncavos encubre
Aquella antigua y memorable gruta,
Que agora ufana las cenizas cubre
Entre obra tosca, natural y bruta,
De aquel que fué del celebrado Homero
Segundo en tiempo, y en cantar primero.

«No envidio yo del vencedor Troyano
Los nobles hechos, la clemencia rara;
Al gran Virgilio, si, la voz, la mano,
Que mis trabajos y armas ilustrara;
Si bien espero que en estilo llano
El tiempo agradecido les prepara
Alguna diligente y breve suma,
De humildes cuerdas y encogida pluma,

«Esta es, invictos Reyes celtiberos
El dulce nido, la querida tierra
En quien promete el cielo á mis aceros
El término fatal de tanta guerra.
Y pues hollais gallardos los linderos
De Nápoles bellissima, que encierra
Al tirano Reiner, como seguros
Están de nuestras máquinas sus muros?»

Esto diciendo, del asiento parte,
Y manda que el asalto se aperceba;
Los nobles siguen á su invicto Marte,
Y el pueblo clama que glorioso viva.
La gente brevemente se reparte,
Y al ronco son, que su furor aviva,
Escalas ponen, las almenas tocan,
Y envidias nobles á subir provocan.

No aguardan que la presta artillería
Derribe de los muros la constancia,
Y por humilde y llana batería
Seguro paso ofrezca á su arrogancia:
Igual en todos el combate ardia;
Arroja balas el valor de Francia,
Y el español ejército que sube,
Resiste osado su inclemente nube.

El polvo, el humo, el miedo, las heridas,
Ciega, confunde, atemoriza y matan
Los ojos, el valor, la fe, las vidas,
Y todos juntos el vencer dilatan.
Las piedras coronadas y tenidas
De sangre y armas ciegos arrebatan,
Haciendo los cercados lo que hiciera
El fuego, si los muros combatiera.

En todas partes se esforzó el asalto,
Y en todas lucen valerosas pruebas;
Unos arrojan rayos de lo alto,
Otros se acercan con escalas nuevas.
Ninguno teme de osadía falto,
Ni da materia de aparentes nuevas
A victorias dudosas, que á la fama
El mismo orgullo intempestivo clama.

De Enrique y Pedro, excelsos capitanes,
Gallardos siguen la violenta furia,
Navarros, celtiberos, catalanes,
Y el noble pueblo que divide el Turia.
Los gritos, el furor, los ademanes,
La ardiente rabia, la común injuria
Resisten valerosos los franceses,
En puertas, baluartes y traveses.

La fama singular de tantos hechos
Negó la confusion á la noticia,
Y fué la suerte á tan gloriosos pechos
Mas en vencer que en celebrar propicia.
Los muros combatidos y deshechos,
Del propio asiento con furor desquicia
El gallardo vencer, no industria ó maña
Del valeroso ejército de España.

Rindieron las sagradas lises de oro
Las bandas, que ilustraban sus pendones,
Que veces tantas fugitivo el moro,
Penetrando miró sus escuadrones.
A nadie guarda el ímpetu decoro,
Y el premio general, que á las naciones
La guerra y la codicia prometieron,
De sangre y robos los motivos fueron.

En tanto pues que el vencedor glorioso
La tierra pisa con la sangre roja,
Y el militar secreto codicioso,
Sin tasa y rienda la ciudad despoja,
Y el fuego explorador, libre y furioso,
Lo mas oculto sin piedad arroja
Al robador violento, que lo busca,
Y al triste dueño con temor ofusca;

Reiner, que resistir gallardo entiende
Las huestes vitoriosas enemigas,
Y al Quinto Alfonso, que reinan pretende
Por leyes de sus armas y fatigas,
Confuso mira, que el derecho ofende,
Con vanas trazas y ambiciosas bigas
De principes, que intentan de ordinario
Menguar las fuerzas al mayor contrario;